

MONUMENTO HISTORICO NACIONAL

foto ↓

EL EDIFICIO DE SAN MARTIN Y VIAMONTE ESTA DESOCUPADO DESDE 1974

# En pleno microcentro, restauraran un convento de clausura de 1745

Es el monasterio de Santa Catalina de Sena • Funcionará como centro de atención espiritual • En setiembre harán allí una muestra de decoración

SIBILA CAMPOS

**C**incien, martillos, cucharas y paños están ensartando uno de los tesoros mejor guardados de la historia de Buenos Aires: los dos siglos y medio de vida del monasterio de Santa Catalina de Sena, situado en San Martín y Viamonte. Y en cada azulejo, cada conmutador, cada ventana que recuperan un aspecto original, resucita la austera y rigida rutina de las hermanas dominicas que fundaron el primer convento femenino de la ciudad.

En setiembre estará allí Casa FOA, que en los últimos años viene montando su muestra de decoración en edificios históricos. Por una invitación de las autoridades del convento y del Arzobispado de Buenos Aires que, junto con Casa FOA, aporta los 800.000 pesos que cubren la restauración.

Las instalaciones específicas para la exposición son reversibles. "Se buscó volver al espíritu original, pero adaptando el edificio a su nueva función, el centro de atención espiritual", señala el arquitecto Eduardo Flin, responsable del proyecto. Por ser monumento histórico nacional desde 1942, la supervisión está a cargo de la Comisión Nacional de Monumentos, Museos y Lugares Históricos, que también costea el rescate de puertas y ventanas y trabajos menores.

Ahora, decenas de albañiles trabajan en las celdas y trabajan en los muros, de hasta 1,80 metros de espesor. Pero hasta 1974, cuando las dominicas dejaron el edificio al Arzobispado y se retiraron a San Justo, ni

siquiera el capellán pasaba el claustro, por temor de un monasterio de clausura. Cuando el sacerdote daba misa en la iglesia contigua, desde la sacristía del convento las monjas le acercaban los ornamentos por la puertita giratoria del toro. Seguían el oficio ocultas en unos angostos corredores en lo alto, a ambos lados de la nave. Para confesarlas, el cura las escuchaba desde detrás de los retablos de la iglesia, a través de las perforaciones en forma de cruz en una chapa de hojalata, embutida en el muro.

De todos modos, en 1745, cuando se habilitó el primer claustro -el único que queda en pie-, ser monja era una alternativa válida para las mujeres de buena cuna. Con 11.672 habitantes, de los que 3.377 eran mujeres blancas, Buenos Aires era aún una ciudad precaria y pobre que buscaba darse lustre con el convento.

### Vestir santos

El monasterio era "un destino seguro donde escapar a sus mujeres, ya fuese por excedente femenino, por incapacidad de procurarles un matrimonio conveniente, o por la necesidad de subsanar defectos", señala la investigadora Graciela Bianco en un apasionante ensayo publicado en la *Colonización Latin American Review*.

El mejor destino que un padre de las clases acomodadas pudiese para sus hijas era un buen casamiento, por lo general antes de cumplir 20 años. Pero si tenía varias hijas varones y no podía reunir para todas la dote corriente de 3.000 pesos, alguna se

quedaba para vestir santos. Tampoco era fácil aplicar marido para una joven con defectos de natalidad -hijo natural o con espina de cactus-, o con algún accidente o fallido.

También para ingresar en el convento se exigían estas requisitos, pero eran algo menos rigurosos. Más aún, una hija ovieta "limpia" el defecto de natalidad y legitimaba su estatus familiar. En cuanto a la dote para profesar la religión, si bien el requisito también era alto, permitía al jefe de familia acceder a la red crediticia que generaba el monasterio a través de las dotes.

La muestra de las jóvenes pasaba de la "procuración" -aquella a la que el convento le prestaba el dinero- a la "compra" -cuando el mediador lograba la autorización sobre sus hijos, solo podía decidir sobre algunas hijas o sirvientas. En una sociedad regida por el amor a Dios y, sobre todo, por el temor de Dios, involucro destaca que podían significar, para muchas, apartarse del núcleo familiar y quedar bajo la protección de monjas, seguir siendo honorables, tener una institución donde estudiar y poder desarrollar inquietudes culturales.

Celdas menudas y más repicadas, en los baños o en planta alta, con mejor o peor luz natural, dan cuenta de que, incluso adentro, no eran todas iguales. La dote, la potencia de origen, la vocación y las apomadas personales pasaban las categorías, que reproducían el modelo social (ver Vela...). En el amplio y hermoso coro bajo -que funcionará como salón de usos múltiples- realizaban ejercicios espirituales (acompañar las oraciones de velo negro y de velo blanco). Las religiosas



EN PERSPECTIVA. El monasterio de Santa Catalina de Sena fue el primer convento femenino de la ciudad. Es un edificio de inmenso valor histórico y arquitectónico.

de rango conventual más pedían, seguramente desde el piso alto, por sus agones en la pared.

A pesar de las diferentes intervenciones que sufrió el edificio, conserva buenas vestigios del paso de la vida a través del tiempo. La sala en forma de triángulo de cinco vigas antiguamente a través de castillos", señala el arquitecto Marcelo Magaldi, contratado por Casa FOA como asesor en restauración.

El alfiler del pelo, inaugurado 60 días antes de la Restauración de Mayo, habla por sí mismo. "En esta celda habló la Beatería Madre Sor Mariana de Jesús Brown, sobrina del abate Juan Guillermo Brown", cuenta una chapa en muralla. "Quedan por revelar los objetos amigos del monasterio, a ser restaurados en los talleres que funcionarán en las viejas celdas."

## Aquella pulseada entre el constructor y el Cabildo

El convento de San Francisco de Nazario tenía una gran sala al momento de la Santa Catalina de Sena en 1748, según los planos del arquitecto Juan Bautista Blanes. Pero 1745 cuando se instaló la primera monja y hasta se le daba una fuerte rama por adelantado que a causa de un fuego, el Cabildo de Buenos Aires se negó a pagar.

El constructor de dicho convento, quien el segundo claustro se terminó en obra y hoy derribado, donde funcionarían la cocina y los "lugares comunes", como se llama a las "secretas" o letrinas. Para no

dejar a las dominicas sin baños, levantó uno en una sala detrás del coro bajo. Da un hueco a la huerta, de donde provenía la tierra suelta -que constituía la basura de la época- para arrojar y evitar los olores.

Antes de iniciar la puesta en valor del convento, esa gran bóveda fue excavada por el Área de Arqueología Urbana, dependiente de la Subsecretaría de Patrimonio Cultural de la Ciudad. También se rescataron fragmentos y objetos del patio y de las canchales para pasar caballos.

Buena parte de los 2.000 trozos de pie-

ras, actualmente en restauración en el Centro de Arqueología Urbana de la UBA, proviene de cerámicas criollas e indígenas, "muy simples y modestas" destaca su titular, Daniel Schavelzon. La orden, poderosa, tenía esclavos, ornamentos en plata y propiedades que alquilaba, pero cumplió el voto de pobreza en la vida cotidiana.

En el patio, en cambio, se hallaron restos de loza inglesa, vajillas, maceteros y seis grandes calderos de hierro. "La costumbre de enterrar la basura continuó hasta el siglo XX", subraya el arqueólogo.

## MEMORIA Velo blanco y velo negro

La comunidad de las dominicas estaba dividida según su status socioeconómico, su compromiso religioso y sus aptitudes personales. Las monjas se distinguían entre las de velo negro -que formaban parte del coro, cumplían el Oficio Divino y asistían a la misa conventual- y las de velo blanco, de menor rango.

No eran monjas quienes tomaban "hábito de tercera" o donadas. Además, el monasterio cobraba a viudas sin ingresos y a mujeres pertenecientes a las castas racionales. Su función era la de servir a las monjas.

En el tercer escalón estaban las mujeres que entraban solo como sirvientas. Y en el último se hallaban las esclavas, quienes ingresaban por compra o donación.

Ni siquiera el monasterio de Santa Catalina se salvó de las Invasiones Inglesas. Una espléndida y conmovedora carta que la priora sor Teresa de la Santísima Trinidad envió al arzobispo de Charcas relata el espanto de las 70 religiosas durante la mañana del 5 de julio de 1807, al "sentir por la mañana cerca de nuestro convento todo el horrendo estrépito de la guerra: al oír los hacchacos con que despedazaban las puertas del templo; al percibir ya en ese la voz carente de religión de los ingleses."

Las esperaron de noche en el coro bajo, dispuestas a morir. "Su futuro se desvaneció como el humo sin tocarnos, nos dejaron en la postura que nos hallaron, y como huyendo sin que nadie los persiguiese, se internaron en lo demás del convento."

Allí permanecieron sin comer hasta la tarde del día siguiente, cuando el capellán -también prisionero- consiguió permiso para ir a verlas, disponer un pocchero y traerle dadas a alojamiento más cómodas.

"Nuestras carnas se sacaron para sus heridas, robaron nuestras ropas... y rompieron nuestros reatresticos" -relata la priora-. El dolor de nuestros corazones ha sido el más vivo, al ver profanado el templo, en el cual nos vimos y era el lugar de sus embriagaciones."

## SECRETOS DEL MONASTERIO

Por ser Santa Catalina un monasterio de clausura, las religiosas jamás pasaban la calle. Cuando el capellán daba misa en la iglesia contigua, las monjas se acercaban los objetos del coro a través de la puertita giratoria del toro y de los capones, que se abren hacia ambos lados (foto 1). Para confesarlas, el sacerdote se metía por detrás de los retablos del lado izquierdo de la iglesia y, más de por medio, las escuchaba a través de planchas de hojalata perforadas a mano (foto 2). Todas siguen el cobajo de una cruz y son diferentes en cada confesionario. Seguir la misa desde lo alto, a través de otros huecos perforados, situados en estrechos pasillos paralelos a la nave de la iglesia (foto 3).



## EL RECTOR QUIERE AYUDAR A QUIENES ESTEN ESTRESADOS

### Con la misión de atender las "necesidades espirituales"

**L**a misión que tendrá Santa Catalina será la de atender las necesidades espirituales de las personas que trabajan en el microcentro, que son muy amplias porque están estresadas con una actividad meramente racional" anticipa el presbítero Rafael Braun, rector del convento y la iglesia.

No solo piensa en "una atención personalizada, tanto de sacerdotes como de acompañantes espirituales. Queremos explorar la belleza como camino espiritual -afirma, reiterando el adverbio-, a través de la música, la danza, la pintura, la escultura, la poesía, el cine".

Los futuros usos de varios de los espacios serán posibles por el equipamiento y el amoblamiento concebido previamente por

Casa FOA, gracias al aporte de empresas para 90 personas en el coro bajo, la capilla, la oficina del rector, los tres cuartos de baños, la biblioteca en la planta alta, la restauración de la fachada de la iglesia, y el acondicionamiento del atrio, del patio y de un jardín lateral.

El padre Braun también prevé un espacio en la antigua sacristía, saliendo de restauración de antigüedades y un lugar para que los artistas que hacen objetos religiosos puedan venderlos, en tanto se trate de piezas únicas. En cuanto a las piezas rescatadas durante las excavaciones, que están siendo restauradas en el Centro de Arqueología Urbana de la UBA, serán expuestas en la muestra de Casa FOA.